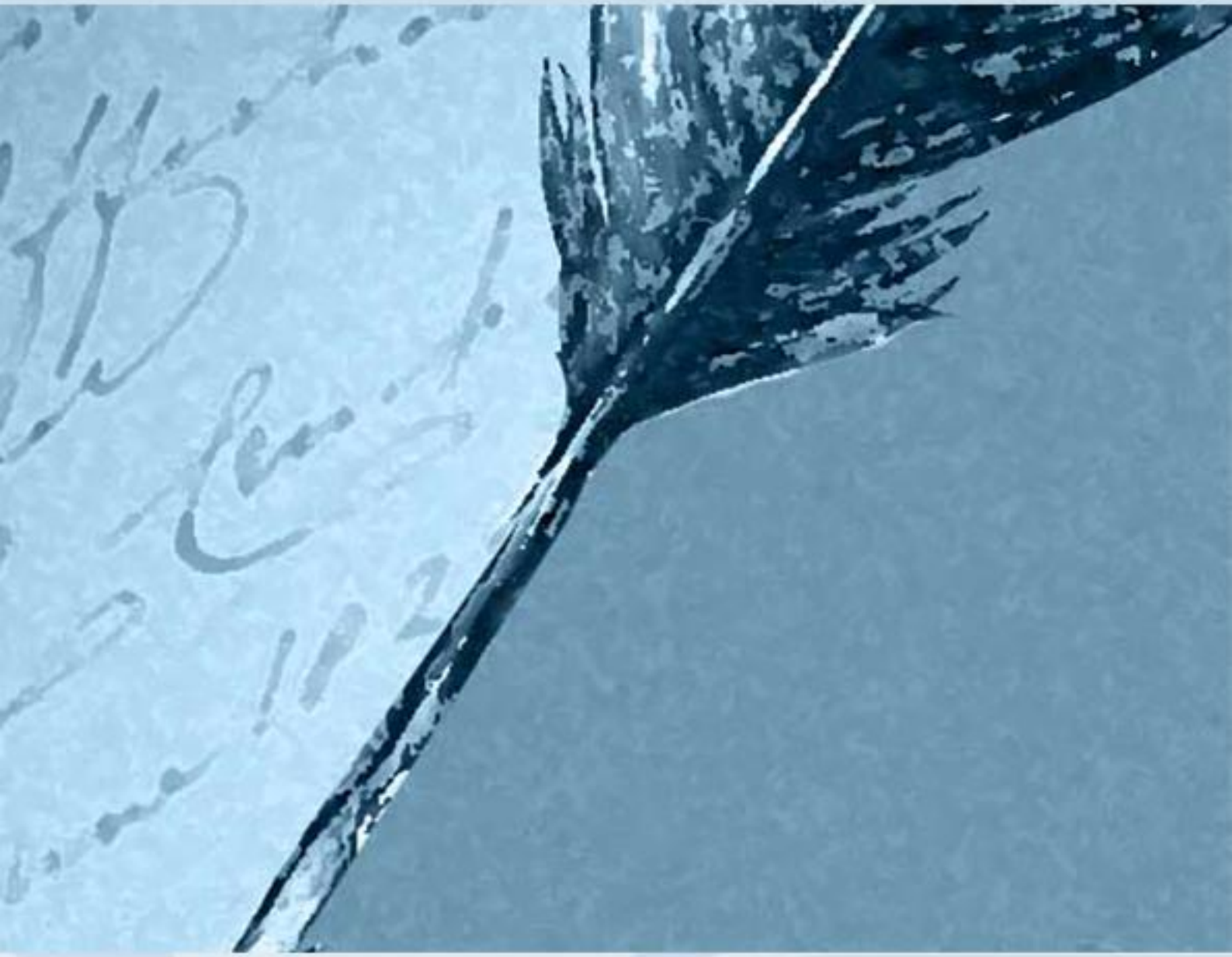
Gatell, Angelina

ANTOLOGÍA POÉTICA



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2024

Antología poética

de

Angelina Gatell

ÍNDICE

Poema del soldado

Dedicatoria
[Señor, ¿morir es derramarse?]
Epitafio (fragmento final)

Esa oscura palabra

Ofrenda
Patria
Rambla
Nana para dormir a mis hijos

Las claudicaciones

Soñadora
Castilla
Vietnam
Hombre futuro

Los espacios vacíos

Los espacios vacíos
Las espigas de Rut
Perdida voz
Detrás de mí
La casa

Noticia del tiempo

La soledad que soy
Fusilamientos
«La Piedad» de Miguel Ángel
Primer recuerdo
Paz
Quizá algún día

Cenizas en los labios

Preludio
[Desde un distante]

[Ahora, quieta aquí, en este andén tan frío]
[Ave de presa aventurando el vuelo]

La oscura voz del cisne

Mi ciudad
El espejo roto
Invisibilidad
Mujer de Lot

La veu perduda / La voz perdida

La veu perduda / La voz perdida
Prodigis de la veu / Prodigios de la voz
Metamorfosi / Metamorfosis

Poemas sueltos e inéditos

Mujer en la esquina
Veracruz
Recuerdos
Nacer
A quien corresponda

Poema del soldado

DEDICATORIA

Escucha, hijo mío, soldado:
aunque un hombre no puede importarle a un poeta
cuando el mundo naufraga;
aunque un hombre es tan solo una chispa ligera
que apaga una ráfaga;
aunque un hombre, hijo mío,
no es nada,
cuando tantos millones de hombres,
perdida su fe y su esperanza,
caminan sin rumbo, cansados,
buscando un incierto mañana,
yo quiero cantarte, hijo mío,
soldado en la tierra quemada,
soldado en las tierras vencidas del mundo,
vejadas, amargas;
a ti solo, soldado, hijo mío
(la voz no me alcanza
para hablar a los hombres del mundo,
a los hombres en masa,
que tampoco escuchan la voz del poeta
que siempre desgarra...).

A ti solo, uno a uno, dirijo mi canto
como algo muy leve que toca y que cala
y tal vez, como lluvia ligera
se quede en tu alma.

A ti solo, soldado, hijo mío,
soldado de tierras distintas, lejanas,
soldado en las tierras del mundo,
un poeta te canta.

[SEÑOR, ¿MORIR ES DERRAMARSE?]

Señor, ¿morir es derramarse?
¿Diluirse en las aguas
tranquilas, inocentes
y subir por los tallos
de la vid o del brezo?

¿Morir es esparcirse, ser en todo?
¿En la lluvia, en la luz, en la mañana...?
¿Cuajarse en el rocío?
¿Afluir en los celajes?
¿En los amaneceres?

Señor, los que mueren aquí,
en este espacio donde estableciste
tu mano enfurecida;
los que caen rotos
por la metralla,
en el horror deshechos;
los que se abren en un múltiple
florecer de amapolas;
los que dejan el último gemido,
la última voz, el último silencio
colgando de la tarde;
los que mueren de pronto,
casi sin darse cuenta,
sin sentirse caer hacia la sima
donde espera una noche
sin posible regreso;
los que quedan aquí tendidos en la tierra,
boca abajo en la tierra,
con el pecho en la tierra,
los que quedan aquí, acabados,
esos hombres
silenciados de súbito,
helado el beso entre los labios,

interrumpido el curso de la sangre
que nunca extenderá su ramas
frutales por el viento...;
dime, ¿acaso
hallarán el sosiego
como aquellos que mueren
colmados y cumplidos,
los que agotaron horas y más horas
celebrando la vida que les diste?
¿O serán los que, insomnes,
alzarán su sonido,
la enloquecida música
de su ira
y golpearán tu nombre
y los nombres de todos
los que sobrevivieron
a la nada ordenada, por quién,
en qué momento?

EPITAFIO

[...]

***

Aquí yace Miguel. Cayó en la tarde
de un otoño cualquiera.
No cambió su muerte el ritmo de las cosas,
reían la muchachas en medio de sus sueños,
y los niños jugaban a soldados
por todos los rincones de la tierra...

Esa oscura palabra

OFRENDA

Aquí me tienes, Hombre. Aquí estoy, inmutable,
acunando en la sombra la herencia que me entregas:
una nueva esperanza.
Aquí me tienes, Hombre, inmensa luz sonámbula,
gladiador de tus sueños...
Acércate a mi orilla,
transmíteme tu sangre de guerrero perenne
para que yo elabore, gozosamente, el fruto.

Acércate sin miedo. Te digo que no importan
tu dolor, tu cansancio...

Tu profunda hermosura se repite en el tiempo.
Yo conozco mi oficio: hilar sangre con sangre.

Te digo que no importa. Acércate a mi lecho,
deséame sin miedo, más allá de mí misma.
Siémbrame sin descanso.
Húndeme en los cabellos las llamas de tus manos.

Aquí me tienes: tuya. Tú última esperanza.
Porque yo soy la única, la eterna ciudadela,
la incorruptible patria.

No tengas miedo... dame tu lluvia insuperable.
Al fondo de mis huesos está Dios esperando.

PATRIA

Esta es la tierra, digo. Este es el llanto
que pisaréis un día.
Esta es la lluvia,
la vertical dulzura que os codicia,
que os llueve poseyéndoos.

La lluvia, digo, hijos. Llanto, tierra.
Esta es la patria, el vientre que os asume,
sin esperanza, sin ternura,
devastado, ofendido...

Alzad esta tristeza en vuestras manos
como me alzáis el nombre algunas veces,
para evitar el tacto con la pena
que nos cubre de cieno.

Esta es la patria, hijos.
Este rumor caliente que os cabalga la lengua
como un lento jinete de amargura.

RAMBLA

Para Sofía Nöel

No lo intentéis siquiera. No hay vasija posible,
capaz para mis ansias. Os digo que es inútil.
Yo soy la rambla inmensa, troquelada de espuma
huyendo eternamente...

Podéis hundir las manos en mis sendas heladas;
podéis beber sin tasa hasta quedar ahítos;
podéis sentir la tersa caricia que derramo,
sentirme, viva y ágil, por vuestra piel, cayendo.

Podéis, en esas tardes ardientes del estío,
acercar presurosos vuestra sed a mi orilla.
Podéis, gozosamente, llamarme en vuestra fiebre,
pronunciarme despacio, con goloso deleite.

Podéis, os lo repito, aquí estoy a la espera.
Acudiré cantando, saltando entre los riscos.
Dejaré mis cabellos, como hierba amorosa,
prendidos en las piedras que custodian mi paso.

Pero dejadme libre, indócil en mi huida.
Yo no puedo quedarme dormida en un paisaje.
Me llama el mar, el viento, las dulces amapolas,
los caminos lejanos que nadie ha transitado.

No intentéis aquietarme. Yo tengo mi destino.
Criatura en movimiento, plural, multiplicada.
En cada gota mía un nuevo mundo brilla
sustancial y bellísimo...

Bien sabéis que es inútil. Contened vuestro empeño.
Además ¿qué os importa? Una mujer no es nada.
En cambio esta brazada espumosa de sueños
bien pudiera serviros alguna vez, hermanos.

Dejadme. Necesito precipitar mis aguas,
tumultuosas y firmes, camino del misterio.
No extendáis vuestras manos, me deslizo entre ellas
imposible y lejana.

Y me voy. Escuchadme. Acaso alguna noche
me pese haber huido. Es posible que grite
mi pesadumbre humana, que golpee con ansia
en las celadas puertas que cierran vuestro sueño.

Pero esto no os importe. Antaño ya lo hice
y contestó el silencio a todas mis llamadas.
Ahora todo es bueno. Mis aguas luminosas
agitan sus espejos con un saludo largo.

NANA PARA DORMIR A MIS HIJOS

Dos haces de trigo verde
en mis brazos se han dormido.
En un corro de amapolas,
juegan, alegres, dos lirios.

Dormid, soñad, hijos míos.

Por las esquinas del mundo
la tristeza se ha escondido;
por las esquinas de España
rondan oscuros designios.

Dormid, soñad, hijos míos.

Por mis ojos sin descanso
cruzan barcos sin destino;
el destierro de mi boca
se ha poblado de jacintos.

Dormid, soñad, hijos míos.

Sobre esta tierra se aprietan
las penas como racimos.
Para vosotros la pena
en un viento sin sentido.

Dormid, soñad, hijos míos.

Puños quedan en la sombra;
espadas pulen su brillo.
Para vosotros la sangre
inaugura cauces limpios.

Dormid, soñad, hijos míos...

Las claudicaciones

SOÑADORA

Ah, doliente criatura,
dime ¿qué vas buscando?
¿Qué levantas en vilo
pretendiendo salvarlo?

¿Desde qué sombra dices
luminosas palabras?
¿De qué incredulidades
nace la fe que cantas?

¿Desde qué cárcel nombras
la luz, desnuda y alta?
¿De qué oscuro vacío
surges enamorada?

A veces no comprendo.
Busco tus ojos, agua
que apenas me contesta,
tan honda va, tan cándida.

Busco tus ojos. Quiero
sorprender tu milagro.
No sé qué fronda o sueño
te salva del naufragio.

A veces no comprendo...
Como la brisa pasas
y por tus labios trémulos
transita la esperanza.

CASTILLA

No tengo sitio aquí, bajo esta tierra
cansada y amarilla.
No son mis manos las raíces fuertes
que piden estas piedras.
No son mis ojos las ciudades dóciles
que precisa la nieve.

No me dejéis aquí, bajo la tierra
que soporta los trigos
en el ancho silencio de los días
que los vientos agobian.
No me dejéis sembrada en esta cima,
en esta roja duna,
en esta herida que desangra a España.

Yo no podría con mi muerte asirme
a tanta soledad.
Yo no podría conseguir el sueño
bajo la seca escarcha
ni sosegar mi voz junto a los ríos
muertos bajo la tierra.

Llevadme junto al mar, junto a la espuma
que frutece de pronto...
Allá donde mi muerte solo sea
un camino ligero
de líquida hermosura desmandada.

VIETNAM

Despertar en la noche y que tú vengas
de golpe,
dejando en el embozo de mi sábana,
tiernamente,
una gota, tan solo una gota,
de sangre.

Es terrible, lo sabes.
Es como si llevaras en la mano
la flor más leve de la selva
para golpearme el sueño.

Y vienes con dulzura.
Y con dulzura pones tus manos
sobre mi corazón dormido
y lo desvelas.

Y con dulzura dices que tus campos
son una llaga viva.
Me hablas de tus hijos abatidos
como teca olorosa. Me enumeras
el dolor, la quemadura prolongada,
treinta años quemándote,
derramándote en minúsculas gotas
como esta que dejas, con ternura
en mi sábana.

Me hablas y yo no puedo contestar.
Oigo tu voz, que incide en mi tristeza
como un ala en el viento,
y no puedo contestar.
Miro tus manos,
que vuelan doloridas a los ojos
para impedir la lágrima,
y no puedo contestar.

Sollozo
y la noche es como una selva amenazada.
Suena la ira en ella. Suena
la afrenta en ella.

Pero no puedo contestar.
Acaso oyes mi dolor. No sé. Quisiera,
con este largo oficio de silencio,
decirte, desgarradoramente,
que estoy contigo, que contigo muero
un poco cada día.

HOMBRE FUTURO

Tú, desde lejos, clamas,
pides nuestro heroísmo
anónimo y diario.
Nos gritas,
oscuramente,
que es preciso levantar esta casa,
la morada del hombre.
No importa
si el tiempo se nos quiebra entre las manos
como un débil cristal
o un resplandor más débil todavía.
No importa
si cada pella de cemento
sepulta
un sueño, una señal de vida.
No importa
si el viento, segador de sonidos,
cercena una canción...

Qué gran voz la tuya,
derramándose
más allá de la brisa y de las olas,
sobre las piedras grises de la desesperanza
y del tedio.

Qué gran voz la tuya, hombre futuro,
chorro nuestro, conciencia
de nuestra infinitud que se levanta
para salvarnos de la ruina
y anudarnos,
delicadamente,
unos a otros,
más allá de los días,
más allá de la muerte,
repitiéndonos,

trasvasándonos,
cántaro a cántaro,
sin sosiego,
sin tregua...

Cómo te escucho ahora, hombre futuro;
qué cercana tu hermosa voz que viene a realizarme.
Me siento
un cristal candoroso,
capaz aún de acogerte
y de gestarte
en el rincón más tibio de mi entraña,
de tejerte
con esta carne mía, obrera y laboriosa,
tan amiga
del sueño y la esperanza.

Los espacios vacíos

LOS ESPACIOS VACÍOS

En torno a mí,
multiplicándose,
los espacios vacíos.

En ellos hubo
racimos,
de cálida dulzura,
vaciándose
uva a uva en mi pecho,
hasta infundirme
la claridad, el rocío.

Seres, cosas, instantes
donde la aurora hundió sus dedos
y los hizo trasunto de sí misma
y me los fue otorgando
hasta colmarme toda.

¿Cómo decir
sin herirlos ni herirme
sus nombres tan amados?

¿Dónde encontrar
su música imposible
para que sean oídos
con toda su armonía?

Tiendo mi manos ávidas
—diariamente las tiendo—
hacia los huecos
que perpetuó la ausencia o el olvido,
y siento
súbitamente
un resplandor muy tenue

subiendo hasta mis dedos
desde el fondo del tiempo.

Y queda así la muerte
de pronto desmentida.

LAS ESPIGAS DE RUT

A María Beneyto

Vuelvo hacia atrás los ojos. El camino
se me pierde a lo lejos.
En las simas
del alba viejos manantiales cantan.
Suena en lo hondo su música más íntima.
Desordenando el aire de los cielos
pasa el recuerdo.
Pienso que es de día
de tanta luz como recibe el alma.
La ardiente claridad se precipita
sobre mí de repente, como si alguien,
en su piedad, abriera matutinas
esclusas.
Rostros, voces, sentimientos
emergen de la sombra. Oh, inaudita
procesión de fantasmas. Son criaturas,
son cosas, actos... nacen de mí misma.
Soy yo quien las alumbra, quien convoca
menesterosa su fragancia.
Mía
vuelve a ser su hermosura, mío el gozo,
mío el dolor que el tiempo modifica
y con dedos benignos lo dispersa.

Es hora de ordenar todas las cifras
de amor o desventura, de nombrar
sin dilación ni engaño las caídas
que nunca son miseria, sino causa,
barro que nos construye y nos confirma.

Ahora que el invierno abre sus puertas
y a entrar en sus estancias me convida,
siento en mis manos la abundosa carga,

el frutal resplandor de las espigas
que fui encontrando en mi camino, clara
y caudalosa herencia de mis días.

PERDIDA VOZ

A Concha Zardoya

Lejos, entre la niebla
hay una voz que canta.

Desde el pecho del tiempo
surten sus notas, saltan
invadiéndome toda
la habitación del alma.

Su sonido me quema.
Algo perdido estalla
dentro de mí.
Y sin embargo
reconozco esa voz...
¿Cómo olvidarla
si fue mía antes
de que el invierno se me echara
encima
con la frenética avalancha
de aquellas cosas que perdimos?
¿Cómo olvidarla
tan sencilla, tan llena
de bienaventuranza?

Fue también mía cuando el sufrimiento
era un reino de luz, una mañana
gloriosa. Y allá, en el centro
de las aguas soleadas,
respiraba la vida y toda
nuestra juventud levantaba
sus antorchas, su venturoso impulso
para entrar en las límpidas estancias
del día...
Acaso sin merecimiento
pero sí con amor, mi voz cantaba.
Blandía entonces su canción rebelde

con inocencia y amenaza
para estrellarla contra la niebla,
para agregarla al ansia
que era sueño y erario...
Y cantaba,
acaso sin merecimiento,
solo con esperanza.
Desdicha y hermosura de aquel tiempo
que nos salvó, que todavía nos salva.

Como si algo
volviera a ser igual que entonces, la mañana
deja en el hueco de mi mano
su fresca rosa blanca.

DETRÁS DE MÍ

Detrás de mí se cerrarán las aguas,
se quebrará el camino
como una seca rama.

Detrás de mí la hierba irá borrando,
implacable,
las tímidas señales
que dejaron mis pasos.

Detrás de mí la noche, oh, enemiga,
ahondará sus abismos
para guardar en ellos mi corazón cansado,
secreto recipiente
de soledad, de olvido.

Detrás de mí el silencio
subrayará mi nombre
para que nadie
se llame a engaño y piense
que alguna vez brilló sobre los montes
como un astro pequeño
lleno de luz.

Detrás de mí tan solo,
señalando mis límites,
un espacio vacío.

Aunque tal vez el aire —siempre dulce y amigo—
transmita
el sonido —tan humilde y apenas perceptible—
con el que tantas veces
quise cantar la amanecida.
Y por piedad consienta
ese rastro de sangre

que fui dejando en la alambrada
y aun hoy me atestigua.

Y acaso alguien recuerde vagamente
—o descubra de pronto—
que estuve aquí,
soñando.

LA CASA

A Sabina de la Cruz

... Pero no fue un sueño. Yo tuve
mi casa junto al mar.

Recuerdo
sus torreones de espuma
elevándose
en medio de mi infancia.
Claras habitaciones
donde todos los actos
tuvieron su principio;
tibias
paredes de brisa, ventanales de bruma
desde donde, asombrada,
vi encenderse la vida
y sus paisajes
de barcos y gaviotas.

Un aire caricioso
fue dejando en mis manos
esa leve fragancia
de azucenas marinas
que me acompaña siempre
y me otorgó ese oficio
de edificar castillos
con arena, con viento.

No, no fue un sueño.
Podría enumerar el gozo
con las cifras del agua,
o nombrar la tristeza
con el idioma frío
del nácar...
Todo
lo que llena mi vida

tuvo allí su raíz,
su principio,
su casa.

Noticia del tiempo

LA SOLEDAD QUE SOY

La soledad que soy fue conseguida
por muchas soledades agrupadas
gota a gota, sin pausa, decretadas
por qué furia lejana y desmedida.

Fue ocupando una vida y otra vida
desolando florestas y cañadas
y en círculos concéntricos, a oleadas,
fue abriendo su extensión como una herida.

Desde los altos montes minerales
a la frágil espuma que ilumina
la líquida esmeralda de las olas

se establecieron arduas espirales
de aquella soledad que en mí se hacina
para dejarme con mi pena, a solas.

FUSILAMIENTOS

A Meliano Peraile

No, no puedo olvidarlo. Es en la linde
aún indecisa de la aurora. Siento,
como si fuera ayer, la voz del viento
—¿es voz o alfanje?— que mi sueño escinde.

Mi sueño roto en el perfil del día
una vez y otra vez. Y allá, en la arena,
madruga ensangrentada la azucena
y exhausta besa la ribera fría.

Oigo la muerte. Ocupa mis oídos
la trágica manada de estampidos
que al alba irrumpe cotidianamente.

Viene del mar. Mis días infantiles
son un duro horizonte de fusiles
que me persigue encarnizadamente.

«LA PIEDAD» DE MIGUEL ÁNGEL

A mi marido

Esto que ves no es mármol. Es latente
materia viva, carne sufridora.
Es un temblor que fluye hora tras hora
hacia la eternidad de su accidente.

Palpitación. Latido. Transparencia
de un lamento en la sangre establecido.
No es mármol: es dolor ya trascendido
en ambarina luz, en pura esencia.

El pétalo que cela la pupila
no es mármol, no: es trémula corteza
de un llanto que desgarra y no se advierte...

No es mármol esa mano donde ahíla
la soledad, con súbita firmeza,
el vaho irrevocable de la muerte.

PRIMER RECUERDO

Engarzado en la brisa, casi gema
tu recuerdo primero, en este espacio
con su dulce violencia te pervive,
insiste, dura, intacto entre los días.

Fue un catorce de abril. Tus ojos eran
asombro y campo abierto. Sin saberlo
absorbiste los cánticos, la imagen
de trémulas banderas, la alegría

que llameaba en el aire; aquellas manos,
palmas al gozo abiertas, y el aliento
libre y puro del mar... Tanta belleza

en tu primer recuerdo rescatando
de la nada el ensueño, ¿te ha valido,
en el frío país del desaliento?

PAZ

Pido la paz y la palabra.
BLAS DE OTERO

La paz y la palabra que pedías
están, igual que entonces, prisioneras.
Sé que otra vez, hermano, si pudieras,
tu verso ardido al aire lanzarías.

Ávidas manos entre sombras frías
estrangulan las claras primaveras.
Y son las mismas —inclementes, fieras—
que hundieron en la noche nuestros días.

Si pudieras volver —en flor tu canto—
para anudarte al grito que levanto
sobre la luz que la tristeza labra,

tu voz, mi voz, innumerables voces
serían conjunto de afiladas hoces
exigiendo la paz y la palabra.

QUIZÁ ALGÚN DÍA

A mi nieto Álvaro

Quizá algún día —hombre ya— perdido
en qué caminos o en qué mar violento,
sientas de pronto al borde de tu oído,
un rumor leve, apenas voz o aliento.

Quizá oigas pasos, vuelvas la mirada
y no haya nadie. Y sin embargo adviertas
que no estás solo, que alguien late en cada
pliegue del aire, bajo las hojas yertas

que entre tus pies agrupan su oro triste...
alguien que trasponiendo sombra y frío,
roza tu frente y en temblor se vierte.

Sabrás entonces que el amor existe
—brisa inefable, hermoso desafío—
más allá de la vida y de la muerte.

Cenizas en los labios

PRELUDIO

... en los atardeceres de brasero,
limpiando las lentejas,
veo a los que me amaron.
JOAN MARGARIT

Hoy hace día de comer lentejas.
No sé si es por la lluvia
o por la soledad. O quizá por eso
que llamamos memoria,
viejo palacio en ruinas que aún me salva
de la nada absoluta
cuando más gris se pone la mañana,
más culpable el olvido,
y me siento tan lejos de mí misma
que es inútil llamarme.

Cuando esto me sucede las lentejas
acuden de puntillas,
brincan entre mis manos, las recorren
con pies iluminados,
sortean accidentes, erosiones
y derrotas guardadas
en estas gotas de ámbar que atestiguan
las injurias del tiempo.

Vienen y se deslizan leves, mágicas,
ungiéndome los dedos
por donde van pasando una tras otra,
mínimas perlas, nácares
de oscuridad. He de librarlas —pienso—,
de cualquier cuerpo espurio
que enturbie su nobleza y la degrade.
Su tacto me devuelve
la calidez donde encontró asistencia
mi adolescencia rota
cuando los días eran furia solo,
obscenos ademanes
glorificando el rito de la sangre.

Puntuales y metódicas,
venían diariamente a defenderme
del hambre y la aspereza
de aquel pan amarillo que aún parece
arañarme los labios.

Años 40. No hubo
ninguna luz entre la pétrea niebla,
tan solo la esperanza
de que el amor vendría a protegerme
igual que las lentejas,
para poder vivir a su resguardo
frente al muro impasible
alzado brutalmente contra el día.

No sé de qué manera
—si venidos a bordo de una fábula
o del ciego arrebato
con el que el mar súbitamente invade
playas que ya no existen—,
llegan rostros velados, imprecisos...

Y a la luz de un segundo,
rescatado del tiempo y de las uñas
de lo ya acontecido,
las arañas que viven en mis ojos
se distraen un momento
y, mientras voy limpiando las lentejas,
veo a los que me amaron.

[DESDE UN DISTANTE]

Desde un distante
lugar de la memoria —emergiendo
de una terrible fuente silenciosa—
me regresas y rasgas esos tules
que velan mis desiertos
donde tu nombre tintinea como una
campanilla de plata
agitada por alguien desde un sueño.

Veo también tus manos, tan hermosas,
aquella claridad que desprendían
cuando a las mías acercaban
las fragancias del sur, la piedad del espliego,
la intensidad severa del olivo.

Y, surtiendo de ti, como impulsado
por el designio de estrellar la noche,
algo que nunca he conseguido
disociar de tus labios.

Hablo de Federico.
De la mano de luz que te llevaba
por los lentos caminos de la Alhambra,
a su raíz, a su dolor exacto,
entre los versos que, sin siquiera intuirlo,
guardaste para mí
mucho antes de que el tiempo decidiera
edificar sus puentes y surgiéramos
los dos de lo ignorado.

Aún oigo su palabra —de Federico hablo—,
subiendo gradual desde tu aliento
hasta quedar flotando en el espacio
y allí, burbuja de oro efímera y hermosa,
estallar de repente entre las púas

implacables del viento, anonadando
mi corazón que apenas conocía
—en la asfixia de sus dieciséis años—,
más melodía que el rumor del sueño.

[AHORA, QUIETA AQUÍ, EN ESTE ANDÉN TAN FRÍO]

Ahora, quieta aquí, en este andén tan frío,
—llamadlo soledad—,
mientras espero el tren que ha de llevarme,
eterna fugitiva, no sé adónde,
te pienso riente y cálido
como la noche en la ciudad aquella
que fue mía; como el mar que me tuvo
y apenas defendida de su abrazo
me dio su floración mediterránea
para enjoyar, violenta y enigmática,
la incipiente sospecha del poema.

Tu sonrisa
en la fotografía que conservo,
me habla aún de amor. Parece incluso
que sigues junto al agua, codiciando
mi mano extraviada entre la espuma...

Cómo hubiera querido quedarme allí, contigo,
guardarte entre mis brazos
de madre ya insinuada en la penumbra.

Solo que tú querías otro amparo,
otro vendaje para tus heridas,
otra manera
de apaciguar el brusco sobresalto
con que solías despertar a veces
en medio de la noche.

Y cuando,
en el portal de nuestra casa,
temblaban las bombilla perturbadas
por su luz amarilla, y tú pedías
—arrimado al olor del azahar que entonces

aún nos visitaba por las tardes—
el temblor de mis labios,
yo seguía llevando, insomne, torturada,
la sombra de otro beso,
guardado entre las páginas del alma.
Como una rosa seca.

[AVE DE PRESA AVENTURANDO EL VUELO]

Ave de presa aventurando el vuelo
volvió el amor. Reconocí el sonido
de sus alas al rozar la aterida
ceniza de mis labios.
Y acepté sus señales.
                No podía
no suceder. Mi juventud estaba
interrumpida.
Suspendida del aire.
Quieta en un fotograma. En una pausa.
Tal vez en un paréntesis,
entre dos signos nocturnales.

Fue necesario
activar sus colores. Meditarlos.
Asumir la propuesta. Entrar en la esperanza.
Había
infinitas razones para hacerlo.

La oscura voz del cisne

MI CIUDAD

A José María Alegre

Mi ciudad
se me perdió cuando yo era
casi una niña.
No sé dónde la puse
ni en qué lugar de mí me está doliendo.
Un dolor derramado
que no consigo precisar de donde fluye
ni hacia donde dirige
sus aguas burbujeantes.
Solo sé que lo siento
en todo lo que soy, en lo que fui
o quise ser, en lo que toco,
respiro, canto, muero.

Mi ciudad ya no es mía, pero viajo
a ella cada noche
por si así me curara de su pérdida.

EL ESPEJO ROTO

A Sagrario y a Julio Diamante

No sé de qué manera
ni por qué causa, compulsión, designio,
cayó en pedazos el espejo
y se produjo
un desorden de mares diminutos.

No sé si fue en el círculo de una
consternación, o si en el ápice
de cualquier circunstancia abrasadora
o también es posible que ocurriera
en el mismo epicentro de una angustia,
en la aplastante
percepción de las pérdidas,
o quizá en ese espacio donde todo
adquiere un peso insoportable,
se aglomera y estalla.

Lo que sí sé es que la rotura
se produjo en silencio.

No hubo estruendo alguno y es posible
que tampoco una causa definida.
Nada que anunciara el desastre,
ni apenas un indicio
de la gran destrucción ya decretada
en el helado
corazón de la noche.

Debió de ser muy lento aquel proceso.
Incluso discontinuo, con pausas, armisticios.
No sé...
Lo que sí fue sin duda alguna
es la sigilosa, la circunspecta historia
de una devastación nunca anunciada.

Pero lo cierto es que el espejo
cayó en pedazos.
                Y yo estaba
varada, comprendida,
en todos sus fragmentos.

INVISIBILIDAD

A Antonio López Casales

Basta mirar alrededor solo un instante
para ver que no estoy.
Quizá pasé
apenas perceptible, irresoluta,
disgregada de mí, como esa nube
rosada y gris que cruza el aire
buscando
no sabe qué y solo encuentra
su oceánico vacío y unas alas de cera
destruidas por el fuego o la ira.

Sin embargo, mis sueños parece que aún sonríen
desde lo más profundo de mi ausencia,
en donde nadie
alcanzó a verme nunca.

Y sin embargo, estaba allí. Creedme.

MUJER DE LOT

A Teresa García

Mirar atrás es muy expuesto.
Inquietante también. Y desolado.
Sí, desolado sobre todo. Es como
levantar las persianas y entrar en las llanuras
indescifrables de la noche.

Al tiempo
se le emborronan los paisajes,
la dimensión, la perspectiva,
y sin criterio alguno acerca lo remoto,
enmaraña lo más cercano,
la cadencia, la claridad.
Desordena los folios
en los que todo fue quedando escrito.

Nos deja incluso
prados de sal en la memoria
en donde el alma se apacienta.

Pero yo ya no tengo adónde ir ni adónde
dirigir la mirada.
El ayer es mi historia. Y mi patria.
Y mi amor perdido.
Allí está todo,
hospitalario y mío como fueron los sueños,
lo único
de lo que nunca nadie logró desposeerme.

La veu perduda / La voz perdida

LA VEU PERDUDA
(A manera de pròleg)

Una dona davant del mar, immòbil,
mira serena el més enllà,
potser no de l'horitzó marí, sinó del temps.

Pels seus llavis, a penes entreoberts,
semblen vagar paraules sense so
com lleus indicis d'una veu perduda
que mai no hem de sentir. Ens caldrà suposar-la
i suposar també les brises
que li ha despentinat els cabells blancs
i es diria que guarden una actitud tristíssima.

El sol ponent retalla la figura
sota el vol congelat d'unes gavines
que ja no tornaran a fer camí.
Ella tampoc. Ho sap. Podem endevinar-ho
en el perfil que la dibuixa.

És molt vella i es nota que té fred.
No obstant, segons la imatge ens insinua,
alguna cosa la reté vora de l'aigua.

Per ventura ens espera per dir-nos
que només li queda
cant com a penyora i testimoni.

LA VOZ PERDIDA
(Fotografía apócrifa)

Una mujer inmóvil frente al mar
mira serena, detrás del horizonte,
la distancia del tiempo.

Por sus labios, apenas entreabiertos,
parecen transitar palabras sin sonido
como leves indicios de una voz perdida
que nunca escucharemos.
Habrá que suponerla
y suponer también las brisas
que le han desordenado las cabellos
estáticos, tristísimos.

El sol poniente recorta su figura
bajo el vuelo, estático también, de unas gaviotas
que ya no volverán a proseguir camino.
Ella tampoco. Lo sabe. Se adivina
en el perfil opaco que retiene
su estatura en el aire.

La mujer es muy vieja y tiene frío.
La tarde la castiga
con un temblor oscuro y avariento
que dulcemente oculta.

Sin embargo, hay algo reteniéndola
aún junto a las olas.
Quizá quiere decirnos
que únicamente queda,
después de tanta vida,
su canto como prenda y testimonio.

PRODIGIS DE LA VEU

Anomenar la rosa és confirmar-la,
treballar els olors que prestigien
la seua realitat.
Per això ella
mormolava suaument tantes vegades
els noms d'aquelles coses que anhelava
com si volgués salvar-les i salvar-se,
fer encara factible que existissin
a l'altra part del mur...
Res no podia
esborrar del seu somni aquell desfici
de construir qui sap el què, amb paraules
de les quals ni tan sols era mestressa.

Però sabia —obscurament sabia—
que anomenar la rosa és confirmar-la,
que anomenar l'amor és obtenir-lo.

PRODIGIOS DE LA VOZ

Enumerar la rosa es confirmarla,
dar forma a las fragancias que acreditan
su propia realidad.
Por eso ella
susurraba los nombres de las cosas
que entonces tantas veces anhelara
para poder salvarlas y salvarse,
y hacer aún posible que existiesen
en un rincón del tiempo.
No podía
borrar del sueño aquel desasosiego
de construir quién sabe qué, con voces
de las cuales apenas era dueña.

Pero sabía —sabía oscuramente—
que enumerar la rosa es confirmarla
y nombrar el amor es obtenerlo.

METAMORFOSI

A poc a poc, enmig d'aquell disturbi,
com naixent d'un malson, sorgí la dona.
Venia malferida, vulnerada,
amb el pas indecís...
Però ja viva,
ja fervorosa de claror, envaïa
l'espai més tèrbol de la nit i amb fúria
—amb una estranya fúria no intuïda—
reclamava les lleis irrenunciables.

Un dia va saber
que el dolor no era
la balma on recollir tota la fosca,
mentre imperiosament es desvetllava
la febre de combatre, de sentir-se
creixent dins la grisor, sense cap límit.

I abandonant l'habitació del somni
on restaria amarg, tenaç, intacte
el que va beure a glops, es posà a viure.

METAMORFOSIS

Muy despacio, en medio del disturbio,
como viniendo de un mal sueño, herida,
la mujer fue llegando a los umbrales
con el paso indeciso...
Por fin viva,
fervorosa de luz iba invadiendo
el espacio más turbio de la noche,
y con extraña furia, irrenunciable,
reclamaba las leyes luminosas.

Un día supo que el dolor no era
el único reducto de la sombra,
mientras se abrían paso, con firmeza,
las ganas de luchar y de sentirse
crecer desde la nada gris del tiempo.

Abandonó la habitación del sueño
donde quedó tenaz, amargo, intacto
lo que no fue sino bebido a tragos.
Y se puso a vivir.

Poemas sueltos e inéditos

MUJER EN LA ESQUINA

Ya no tienes siquiera un borbotón de llanto
para llenar tus ojos...

Mujer rota en la esquina, esqueje silencioso
de un arbusto que fue tronco lozano,
¿qué celeste criatura se te apagó de golpe
para que tú te alzaras en medio de tu ruina
como un sórdido canto?

El hombre te transita, socava tu amargura
y abreva entre tus aguas su sed interminable;
pero nunca detiene sus ojos en los tuyos,
ni piensa que tú fuiste una dulce muchacha
de trenzados cabellos...
o una niña que amaba su muñeca,
a un hermano, a un árbol, a una rosa...

Mujer rota en la esquina, pregón que nos delata
otros mundos siniestros
donde el alma es tan solo una palabra triste;
y la sangre un charco sin transcurso;
donde los ojos son torpes caminos
para llegar al lodo;
donde los labios son gritos en pugna
y las bocas cavernas infranqueables
con un manar de voz como impacientes
marejadas de fuego, turbio, impuro...

Mujer rota en la esquina, desgajada
de los días hermosos, de los campos floridos,
cuando te encuentras sola con tu antigua criatura,
cuando sientes tus ojos arrasados de lluvia
y no puedes llorarla,
¿qué rencor se te enciende como hermosa bandera
para azotar el signo de tu vida?

¿Qué palabra pronuncias? ¿Con qué voz nos golpeas
a todos los que fuimos, tal vez, fariseos?
¿Y qué desdén te cubre la mirada?
¿Y qué odio voraz quema tu pecho?
¿Y qué mano levantas vengativa?
¿Y qué risa nos tiras a la cara
como lluvia pequeña?

(En Carmen Conde [ed.], *Poesía femenina española viviente*, Madrid, Arquero, 1954)

VERACRUZ

A Veracruz llegaron los vencidos,
sin caballos, sin rayos. Vacilantes,
tanteando como ciegos lo ignorado.
Aquí, en San Juan de Ulúa, como entonces,

llegó España, la otra, la doliente.
En todos los oídos resonaba
todavía la guerra y en los ojos
se agrupaban, sangrientas, las imágenes.

Algunos nombres eran como gemas:
Andújar, León Felipe, Artís, Rejano,
Garfias, Altolaguirre... Y tantos otros.

Sus manos no eran muerte, sino súplica.
Desiertas de codicia, iridiscentes,
no buscaban el oro, lo traían.

(Del inédito *De mar a mar* [1992], en Angelina Gatell,
En soledad, con ella [Antología 1948-2015],
Madrid, Bartleby, 2015)

RECUERDOS

Suena mi infancia. Memoria
del corazón sin arraigo.
Zumo de ortigas extraigo
del cuenco cruel de la historia.
Cangilón en esta noria
de larga melancolía,
¿cómo olvidarte podría
quien del olvido no sabe?
Tiembla en mi mano la llave
aún de la casa mía.

(Del inédito *Décimas de la emigrante* [2008], en Angelina Gatell,
En soledad, con ella [Antología 1948-2015],
Madrid, Bartleby, 2015)

NACER

A Félix Maraña

Verdad es que yo no pedí nunca
nacer.
        ¿En virtud de qué idioma,
desde qué singular manera,
sostenida por qué razonamiento
hubiera conseguido formular
mi petición,
expresar mi deseo?

Pero es muy raro el día
que olvide dar las gracias por la estrella,
el goce, la sorprendente circunstancia
de estar aquí y sentirme
un mínimo latido
en el dolor universal del Hombre.

(Del inédito *Poemas últimos*, en Angelina Gatell,
En soledad, con ella [Antología 1948-2015],
Madrid, Bartleby, 2015)

A QUIEN CORRESPONDA

devuélvenos
también
nuestros cadáveres,
enséñanos
también
los asesinos.
ÁNGEL GONZÁLEZ

Una vez más quiero volver al tiempo
del que siempre hablaré
porque le pertenezco
como el azul al mar,
como la luz al alba.

Y quiero
bajar a su memoria
como quien baja
al sótano que guarda
objetos, actos, versos, actitudes,
días, que con frecuencia hojeo
como páginas,
y con ellas pegadas a los dedos
salgo a la calle, aparto con denuedo
la oscuridad y pregunto
—por si alguien lo supiera—
dónde están los cadáveres,
desde dónde nos mira
la ausencia de sus ojos,
en qué lugar esperan
la cercanía de una rosa,
su fragancia vedada por la ira,
el aire
que disipe el silencio.

Y pregunto también
los nombres de los asesinos,
aunque los sepa bien, sílaba a sílaba,
pero los quiero dichos en voz alta,

a gritos,
no guardados con celo en sus estuches
de dorada penumbra
desde el instante mismo en que el invierno
dejó caer su frío sobre el suelo
que ya nunca fue patria,
sino desgarradura.

Muy pocos saben de qué hablo.
Sin embargo, no falta quien se aleje
obviamente molesto.

Y están los que, confusos,
se llevan a los labios
el índice gastado por el miedo
y se alejan también
aunque más lentamente,
no sé, quizá afligidos.

Otros, susurran evasivos: *hace*
ya tanto tiempo... Y vuelven la cabeza,
como si alguien de pronto los llamara.

También los hay que opinan sin sonrojo,
como haciendo equilibrios
sobre el filo de la conciencia,
que sería mejor dejarlo todo
dormido en el sosiego,
cubierto de benignos crisantemos
y así nadie podría
dañarse con su roce.

Después se van a Roma y, conmovidos,
debajo de los pórticos
donde Bernini,
hace ya más de cuatro siglos
guardó la luz del mármol,
recogen, con unción, sin miedo a herirse,
los nombres trémulos de gracia
de otros cadáveres,

los guardan en sus dijes con cuidado
y sonríen en paz.

No consigo entenderlo. Escucho. Miro.

Me quedan ya muy lejos las palabras
que con el tiempo cambian de sentido,
y acomodan sus dúctiles metales
a la oscilante
valoración de los conceptos.
Y más lejos aún, mucho más lejos,
perdida entre la niebla,
la luz que fue habitada por la idea,
o el aroma, no sé, tal vez por nada.

No consigo entenderlo.

Reúno amargamente mis preguntas
y releo las páginas
donde mi tiempo amarillea y sufre.

Como yo está cansado. Y como yo no entiende.
Y como yo, se niega a ser destruido
por esa desmemoria
más grave que el olvido porque en ella
crece y se ramifica,
estercolada por la indiferencia,
la planta obscena
de la conformidad y el beneplácito.

(Poema leído en la Biblioteca Nacional,
Madrid, 27 de septiembre de 2008)